

Atención a las guerrillas

· Va llegando a los cuatro años el fenómeno guerrillero en Venezuela.

Un sector de nuestra ciudadanía común corre un claro peligro de subestimarla. Otro sector lo sobrevalora manifiestamente.

Nosotros mismos hemos sentido una sacudida de inquietud al visitar los barrios obreros de Caracas y ver manchadas las humildes paredes de sus ranchos con una profusa y agresiva propaganda pro-guerrillera. Ni el olímpico desprecio de los habitantes del Country Club, ni el entusiasmo idealizado de los zagaletones de barrio es la actitud adecuada ante el problema nacional e internacional de las guerrillas.

Comencemos con dos advertencias. En primer lugar se trata de un fenómeno internacional: de una táctica comunista que ha practicado y descrito Mao-Tse-Tung y ha popularizado el Ché Guevara. Tan eficaz, que desbarató al ejército francés en Indochina; trae al retortero al ejército yanqui en el Vietnam, y va tomando cuerpo en todo el Continente africano y en muchas naciones de Centro y Sud-América. Guerra sutil y delicada: mezcla de propaganda política y estratégica acción militar.

En segundo término debemos reconocer que el bandolerismo colombiano nació en circunstancias muy distintas: del enguerrillamiento secular de los partidos conservador y liberal, aunque en nuestros días el comunismo internacional se haya propuesto, no sin algún éxito, capitalizarlo para su propaganda y asimilarlo a la campaña mundial de la **guerra larga**. Cada día van resultando más graves las relaciones colombo-venezolanas de los guerrilleros. Debía servirnos de meditación que el fenómeno guerrillero colombiano —con más características de guerra civil, crueldad y violencia— se haya prolongado por más de 30 años.

El volumen de nuestras guerrillas

Hay empeño, por parte del Gobierno, en minimizar el valor y el volumen de nuestras guerrillas.

Tal vez no pasan de 600 a 1.000 los guerrilleros efectivos, esparcidos por más de una docena de focos. Sus colaboradores, más o menos directos, pueden calcularse en unos 3.000. En todo caso no más de 4.000 venezolanos en rebeldía.

Este número no impresiona.

Pero el espectador reflexivo valorará dos detalles: los guerrilleros llevan ya cuatro años de actividad. Los campesinos, que los rechazaron en un primer momento, cada día se sienten o más atraídos o más atemorizados. Pueden calcularse en unos 200.000 los venezolanos que han tenido contacto directo con los guerrilleros.

Una guerra desigual

Un buen conocedor de los maquis franceses de la segunda guerra mundial nos decía:

“No es tan heroica, como se supone, la vida guerrillera mientras no se llegue a una auténtica guerra de exterminio por parte del Ejército. Sin negar las evidentes incomodidades de una vida de campaña, sobre todo prolongada..”

El guerrillero halaga al campesino. Cuenta con recursos económicos, en gran parte de procedencia extranacional y antinacional. Compra al campesino sus productos a precio político y no comercial: es decir, con desconcertante generosidad, según hemos sido informados directamente.

Sabemos que en ocasiones le ayudan a cultivar y a cosechar. Le incitan a posesionarse de parcelas de ajena propiedad. Al mismo tiempo, en caso de traición, se fusila o ejecuta sumariamente. Se explota por igual el halago y el miedo. Recordemos que ese doble influjo va llegando a 200.000 venezolanos.

En cambio, el soldado carga con la antipatía de las requisas y los interrogatorios. Dificilmente logra evitar violencias y a veces violaciones, fenómeno común a todas las guerras. El guardián de la ley llega en circunstancias de crear resquemores y antipatías. Generalmente, su represión de los traidores, de los espías, de los "contactos" y colaboradores es floja, en contraste con los métodos expeditivos de los guerrilleros. Tan débil y tan floja en nuestra democracia bobalicona, que a los pocos meses vemos por las calles a guerrilleros y colaboradores directos en actitud de héroes.

A veces se habla en la prensa de una lucha a cañonazos con los guerrilleros. Espanta pensar en el desperdicio de una acción semejante. El guerrillero es, por su movilidad y trashumancia, inmune a los cañones. Podrán destrozarse conucos campesinos. Inútil hazaña. Los reductos guerrilleros no son fortalezas.

Guerra desigual, hemos dicho, guabinosa y delicada. El tiempo es aliado de las guerrillas. Poco importa que los guerrilleros sean pocos. Se trata de lograr un efecto político, no de ganar una batalla campal. La guerrilla mina lentamente el prestigio del Ejército y del Gobierno. Es la eficacia de la gota de agua. Recuérdense los 20 años de la lucha de Mao-Tse-Tung. Recuérdese el puñado de hombres de Fidel Castro en la Sierra Maestra.

¿Guerra desesperada?

Sería excesivo calificar la **desesperante** lucha guerrillera como **desesperada** e imposible. Las grandes potencias han especializado tropas seleccionadas para la guerra de guerrillas después del fracaso impresionante del ejército francés en Indochina y la sátira mordaz de la obra: "**El americano feo**".

También en las Fuerzas Armadas Venezolanas se realizan esfuerzos en tal sentido. Pero dudamos que esa especialización haya llegado al grado requerido por las circunstancias de nuestra situación política y social. ¿Se han enviado a las guerras montañosas nuestras mejores tropas, nuestros mejores oficiales? ¿Se han evitado cuidadosamente los normales atropellos de una invasión militar por los sectores campesinos?

Oímos hablar de una experiencia colombiana, asesorada por técnicos norteamericanos, que nos merece admiración. Atropellos pasados del Ejército y sus funestas consecuencias sirvieron de lección. Actualmente el ejército colombiano realiza acciones envolventes de gran envergadura. Al ejército acompañan sacerdotes, médicos, enfermeras, trabajadoras sociales... Los campesinos de la región guerrillera son tratados con verdadera delicadeza; y se realiza con ellos una labor social mucho más útil y generosa que con el resto de la nación.

No es la única experiencia. Otras naciones la han realizado. Por una parte, la acción militar es, frente al guerrillero, exterminadora y total. En cambio, frente al campesinado se desarrolla una acción delicada y estratégica, de carácter político y social.

Al Gobierno y a la Nación tenemos que pedir una actitud de sinceridad y eficacia ante el problema guerrillero. Cuidadosamente ha de evitarse hacerle una propaganda indirecta. No olvidemos que es uno de sus objetivos centrales.

Jugar a la guerra, sin propósitos de terminarla, sería criminal.

Nadie crea, con fácil ingenuidad, en el heroísmo de las guerrillas ante un Gobierno débil y un Ejército mediatizado.

Y nadie sueñe en aniquilar la subversión social puramente por las armas, si no se llega a la raíz del mal, a la raíz de la miseria y de la injusticia con una sincera revolución de las estructuras económico-sociales.

M. A. E.